

8 de enero de 2024 -- Fiesta del Bautismo del Señor

[Is 55,1-11; 1 Jn 5,1-9; Mc 1,7-11](#)

Homilía

Hoy celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, con la que concluimos el tiempo de Navidad, y mañana comenzamos lo que llamamos "Tiempo ordinario". Durante todos los domingos del Tiempo ordinario de este año, leeremos el Evangelio según san Marcos, que se abre con la predicación de Juan Bautista (texto que leemos el segundo domingo de Adviento) y el relato del bautismo de Jesús que leemos hoy.

Este relato es extremadamente sencillo. Se omiten todos los elementos no esenciales. Lo único importante es que Jesús viene de Nazaret de Galilea y es bautizado por Juan. Marcos no se detiene en los porqués. Jesús es identificado, por la mención del pueblo de donde procede, como un hombre histórico muy concreto. Y sobre este hombre histórico fueron pronunciadas por el Padre estas palabras nunca antes oídas: "¡Tú eres mi hijo amado!". Es más, esta escena de revelación se presenta utilizando un símbolo que se repite más de una vez en el Antiguo Testamento: la apertura de los cielos. Cuando Jesús salió de las aguas en las que había sido sumergido por Juan, vio los cielos entreabiertos -literalmente, "rasgados"-, lo que es claramente una referencia al texto de Isaías 63,19 que escuchamos en la liturgia de Adviento: "¡Ah, si rasgaras los cielos y bajaras!". El descenso del Espíritu sobre Jesús es una respuesta a esta oración. Todo este ambiente de amor y ternura contrasta con la brusquedad del estilo de vida y la predicación de Juan el Bautista ("Vástagos de víboras, ¿quién os ha dicho que escapéis de la ira venidera?", decía a los Fariseos y Saduceos) .

Desde el momento en que Jesús, el Hijo de Dios, descendió a las aguas del Jordán con todos los pecadores que venían a hacer penitencia, y al hacerlo asumió toda nuestra condición humana, los cielos -que representan la morada de Dios- han estado abiertos y seguirán abiertos. A partir de ahora, es posible una comunicación ininterrumpida entre el cielo y la tierra. Puede realizarse una relación de amor entre el Padre y todos los que han recibido el Espíritu de su Hijo amado. La oración continua y la unión contemplativa se convierten no sólo en una posibilidad real, sino en una vocación para cada uno de nosotros.

Al comienzo de la creación (Gn 1,2), el soplo de Dios se cernía sobre las aguas, suscitando su vida. Fue el mismo Soplo de Dios

que descendió sobre Jesús en las aguas del Jordán, como había descendido sobre María para hacerla Madre de Dios. Ese mismo Aliento, ese mismo Espíritu, descendió sobre cada uno de nosotros el día de nuestro bautismo. Entonces nos encomendó la misión de llevar la paz, la bondad, la compasión y el amor a un mundo siempre tan lleno de violencia y venganza, de ataques y contraataques.

La oración -ya sea una oración de adoración, de petición o de acción de gracias- es una actividad que rasga el velo que separa el mundo creado de su Creador, que abre una brecha en el muro que separa el tiempo de la eternidad. Vivimos en un tiempo en el que hay un ayer, un hoy y un mañana. Dios vive en un presente eterno. A través de la oración, que nos pone en comunión con Dios, entramos en su eterno presente. Esto es posible porque Dios mismo hizo el camino inverso. El Hijo de Dios se hizo uno de nosotros. Vino en el tiempo y en el espacio. Y cuando comenzó a orar, el velo entre el tiempo y la eternidad, entre el espacio de los hombres y la omnipresencia de Dios, se rasgó y la voz del Padre que desde toda la eternidad engendra a su Hijo pudo decir, en el tiempo de nuestra historia: "hoy", sí, "hoy te he engendrado".

Esta voz del Padre acompaña el descenso visible del Espíritu Santo sobre Jesús. Cuando comenzamos a orar, es decir, cuando nos abrimos al don de la oración, el cielo se abre y el Espíritu del Padre y de Jesús desciende sobre nosotros para orar dentro de nosotros, permitiéndonos decir: "Abba, Padre", y entonces, cada vez, la voz del Padre nos dice también a nosotros: "Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado". Nos convertimos en hijos adoptivos en el Hijo amado, primogénito de una multitud de hermanos y hermanas. Este es el bautismo en el Espíritu y en el fuego que anunció Juan el Bautista. Un bautismo de fuego, porque quema en nosotros todo lo que es extraño a esta comunión o se interpone en su camino.

Así podemos comprender la enseñanza de los grandes teólogos de la época patrística y de la Edad Media, que veían en la liturgia de este mundo una participación en la liturgia celestial. Todos los bienaventurados que han pasado de la vida presente a la vida eterna alaban sin cesar a Dios en su hoy eterno. Nuestras liturgias y servicios aquí en la tierra, a pesar de su pobreza e incluso a pesar de nuestras distracciones, provocan este desgarramiento del cielo y nos permiten por un momento entrar en este mismo hoy de Dios donde todo está presente. Entonces nuestra liturgia aquí en la tierra se hace completamente contemporánea de la liturgia celestial.

Armand VEILLEUX